

# Esa cosa tan extraña y familiar que se llama la muerte

That strange and familiar thing called death.

JHON WILSON OSORIO<sup>1</sup>

Forma de citar: Osorio JW. Esa cosa tan extraña y familiar que se llama la muerte. Rev CES Med 2007;21(2): 95-100

## APERTURA

**R**esulta al menos paradójico que hoy por hoy nos parezca anormal la fijación obsesiva de alguien por la muerte, pero nos resulta corriente la despreocupación completa por ella. O sea que nos parece patológico pensar su presencia inevitable y recurrente en nuestra vida, pero la indiferencia o el borramiento total no nos asombran. Cosa curiosa que habrá que tratar de explicar. Pues los humanos frente a la muerte, como frente a cualquier otra situación, nunca hemos reaccionado de manera igual. No existe la atemporalidad o ahistoricidad de las valoraciones humanas. Todas nuestras maneras de ver, sentir y comprender el mundo son permanentemente cambiantes. Este es el credo de los historiadores.

Tomaremos y compararemos, a continuación, dos valoraciones contrarias, dos modos de relacionarse de manera distinta con la muerte: **la visión medieval occidental y la versión occidental moderna.**

---

<sup>1</sup> MSc - Historiador de la Universidad Nacional de Colombia. Jefe del Departamento de Humanidades de la Universidad CES. Miembro del Programa de Reproducción - BIOGÉNESIS de la Universidad de Antioquia. E-mail: jwosorio@ces.edu.co

**Recibido: 15 julio / 2007. Revisado: 16 agosto / 2007. Aceptado: 20 septiembre / 2007**

# LA VISIÓN MEDIEVAL OCCIDENTAL DE LA MUERTE

En la **visión medieval occidental** de relacionarnos con la muerte (y como tan rigurosamente lo ha estudiado el historiador francés Philippe Ariès) había una relación familiar, estrecha, íntima, cercana a la muerte por parte de los hombres y mujeres medievales. Morirse hacía parte de la vida, era un acto consustancial, inmanente al vivir. Por ello era aterrador morir repentinamente o accidentalmente. Porque el hombre medieval presentía, barruntaba, columbraba la muerte. Sabía de su llegada. Leía sus signos inequívocos. Y en consecuencia no la evadía, la encaraba, le salía al paso, la invitaba a su vida. Esta humanidad medieval no separaba tajantemente muerte y vida. El cristianismo le había enseñado a dicha época, además, que la muerte era un momento de transición, de puente, un peaje hacia otra vida. Con lo cual la muerte era un momento más de los que debían vivirse en el paso por la existencia.

La función testamentaria es una prueba fuerte de la relación entrañable y familiar que el hombre del medioevo sostenía con el morir. Los testamentos eran de rigor. Y en ellos se dejaba consignada la voluntad de quien estaba ante el dintel del morir. Testaba quien se sentía próximo a abandonar la vida. Y en tal sentido el testamento se convertía en algo así como el principio del fin.

En el testamento se dejaba en entrega lo más preciado de las propiedades del moribundo: su cayado más valioso, sus muebles más cercanos, sus ganados más cotizados, el vestuario más querido. Todo lo que representase un alto valor material para quien se despedía de la vida. Incluida la propia esposa que se encargaba en heredad al amigo más cercano.

Es así como puede afirmarse que el hombre medieval era completamente materialista: bastante apegado a sus pertenencias. Razones no le faltaban: los bienes materiales eran escasos, costosos, su producción era artesanal y realizada pieza por pieza. De ahí que fuera siempre una tragedia para la familia, vecinos, amigos y comunidad, que quien iba a morir no pudiera testamentar y despedirse, porque una muerte sorpresiva privaba a la persona de poder hacer los caros adioses respectivos.

La muerte siempre era un dolor para el hombre medieval. Pero no una tragedia. Era un dolor sobrellevado con dignidad. Tragedia era cuando la muerte no enviaba signos o señales de su aparición. Pero en tal sentido los medievales estaban prevenidos y provistos por una cantidad de imaginarios y presentimientos, de signos, anunciaciones y avisos de que la muerte se dejaba venir. De que andaba en camino hacia su próximo visitante.

Por tanto la vida contemplaba la muerte, la divisaba, la incluía, no la hacía ajena ni contraria. La muerte hacía parte de la vida. Estaba en el programa de la existencia. Y llegado el momento era cuestión de asumirla, de saludarla, de partir con ella. No estaba en el plan de vida de una persona del medioevo desconocer la presencia activa, permanente e irreversible de la muerte. Los desquites eran menores, las evasivas frente a la muerte eran excepcionales. Lo que no significa que se la buscara premeditadamente. Que se corriera a procurársela o a abrazarla de modo sistemático o intencional.

Vivir en medio de la muerte era rutina más que corriente para las personas del medioevo. Las expectativas de vida eran pocas, las tasas de longevidad eran bajas, la mortalidad infantil muy alta, las enfermedades eran muchas, endémicas, severas y contundentes. El hambre hacía de las suyas, las guerras otro tanto. Llegar a la vida de adulto era toda una aventura osada, un triunfo sobre las adversidades medioambientales, sobre

el desaseo, sobre la inanición, sobre los parásitos, sobre los virus y las bacterias desconocidas. La muerte estaba presente, ubicua y cumplida en la cotidianidad de la vida. Así pues, la muerte no escaseaba ni sobresaltaba a casi nadie.

Morir, en la Edad Media, era un asunto cotidiano para el cual se estaba relativamente preparado. Inclusive todavía en el siglo XVIII Voltaire se sorprendió con la respuesta que le dieron unos campesinos cuando preguntó qué pasaba en la comarca, que recorría, cuando la gente se enfermaba: "Pues *nos morimos*", le contestaron, con la naturalidad de quienes asumían que la muerte era un *continuum* de la vida.

## LA VERSIÓN OCCIDENTAL MODERNA DE LA MUERTE

En **la versión occidental moderna**, de relacionarnos con la muerte (y como tan bien meticulosamente lo ha establecido Philippe Ariès, el historiador francés) le hemos vuelto la espalda a la muerte. Hacemos de cuenta como si ella no existiera. Vivimos desconociéndola. Por más que ella sigue imperturbable e inmutable en sus apariciones, por más que nada la retrasa en su cometido, por más que sigue siendo puntual en su presencia, nos hacemos los de la vista gorda.

Es quizás la lógica de la Edad Moderna la que se ha encargado de borrarla del horizonte de la vida. La que se ha encargado de hacernos creer que la muerte es, sino evitable, al menos postergable. Sino ineludible, al menos podemos darle la pelea: la garrotera para la casi total negación ejemplar de su existencia.

Para el hombre de la modernidad y para el hombre contemporáneo morir es un drama doloroso. Y una muerte repentina o accidental, sin conciencia de que la muerte está aconteciendo, es un final

deseable. Los pocos testamentos que se realizan son más por necesidades y urgencias jurídico-burocráticas que como antesalas de la partida definitiva. Ya no se testa en señal de que la muerte se acerca. Ya no se anhelan los síntomas inequívocos de la muerte para iniciar el ceremonial y el despliegue de las despedidas.

La modernidad disocia la muerte de la vida. Trata de borrarla, la antepone al vivir. Incluirla dentro del existir es considerado patológico. Dar vueltas alrededor de ella, pensarla, asumirla, tratarla con vecindad, es visto como morboso, pornográfico y enfermiso. Y al contrario: desatenderla es considerado correcto. Hacer de cuenta como si no existiera, es bien visto.

¿Qué aconteció en Occidente para que hoy en día nos parezca patológico pensar privada o colectivamente la muerte, pero en cambio está bien visto hacer de cuenta que la muerte es simplemente un mal momento que hay que dejar para última hora y que llegado el momento ojalá la persona no se de cuenta que se va a morir?

Sucedió que la ciencia moderna destronó a la religión medieval. Que el médico y la técnica reemplazaron al clérigo y a la filosofía. Pasó que la comprensión integral del todo fue relevada por el método analítico de tratar de conocer apenas las partes. Cambió que la producción dejó de hacerse de manera artesanal, por el método industrial; cambió que el feudalismo fue sucedido por el capitalismo; sucedió que la humanidad se mudó del campo a la ciudad; pasó que la realización del hombre en el cielo, fue transmutada por la realización del hombre en la tierra.

Y en consecuencia la modernidad ha tratado de ganarle (inútilmente, pero ha tratado) el partido a la muerte. Por eso la administración del morir pasó a ser asunto de especialistas y de máquinas sofisticadas: médicos, tanatólogos, enfermeras, tanatopraxistas, hospitales, aparatos, maquinillas, unidades de cuidados intensivos, personal de funerarias. Morirse pasó de ser un acto per-

sonal, familiar, inclusive comunitario, a ser un acto ajeno, extraño y de ocurrencia en espacios no domésticos con personas desconocidas.

Ya la muerte pareciera no pertenecerle a los sujetos, deja de hacer parte de sus asuntos personales y familiares. Ahora parece ser un asunto privado, de otros, de incumbencia de técnicos que asisten aséptica y profesionalmente el momento del adiós a la vida.

La modernidad medicaliza la vida: se nace en un hospital y también en él se muere. Se nace en manos de médicos y se muere también entre ellos. El poder y dominio sobre la vida cambia de las manos de Dios, en el medioevo, a las manos del personal especializado de la salud.

En general, en Occidente, cada día va ganando terreno y va imponiéndose la costumbre de no llorar a los muertos. Empiezan a ser de mal gusto las lágrimas de los familiares, allegados y dolientes del muerto. Y también cada día transcurre menos tiempo entre el advenimiento de la muerte y la disposición final del cadáver. Ambos escenarios, la desaparición de las lágrimas y la menor exhibición posible del difunto, recrean un ambiente lo más lejano posible a la muerte. Le ponen la espalda.

También le ponemos la espalda a la muerte cuando nombramos como jardines y parques cementerios el lugar común a donde van a parar los despojos humanos. El concepto mismo de *jardín* o *parque cementerio* es bien poco ingenuo. Se va al jardín o al parque en busca de recreación, diversión y descanso. Es como si llevando al muerto allí la muerte doliera menos para los vivos o el muerto estuviera menos muerto.

El morir también se adapta a lógica del modo de producción de bienes y servicios llamado capitalismo. La muerte crea empresa. La muerte genera lucros. No solo se comercializa con el canto a la vida saludable, con los himnos a la vida prolongada, con las loas a la inexistencia y

al retiro de la enfermedad y el dolor, sino que se hace creer (y se fantasea) en la posibilidad de una vida sin el horizonte de la muerte en el frente.

Los negocios sobre la salud, lo saben mucho más que los economistas, están entre los más lucrativos del mundo. En la modernidad la vida se ha patologizado y se ha medicalizado desde el comienzo hasta el fin.

Y de todas maneras cuando la muerte sobreviene, el negocio sigue siendo boyante: hay que preparar, vestir y maquillar el cadáver para que no parezca tan muerto; hay que comprar algún tipo de aparataje o empaque para exhibirlo; hay que pagar salas de velación, ritos funerarios, ceremonias de entierro o de cremación; y hay que pagar una renta por el espacio final para depositar el cadáver o lo que queda de éste: una bóveda, un osario, un mausoleo, el espacio lunar o el atmosférico, el que sea.

Pero la muerte se convierte en negocio de producción de riquezas (de las que se lucran y que explotan algunos comercios especializados) precisamente como evidencia de que sobre la muerte, y los despojos que ella deja, son muy pocos los que conocen y saben en las épocas actuales. Los negocios que prosperan, alrededor de la muerte y del muerto, lo que delatan son una desnaturalización de la muerte y una distancia de ella que nos vuelve incapaces de rutinariamente ponerle la cara, de manejarla, de saber cómo enfrentarla. Así la propia muerte termina por ser una desconocida inabordable que pasa a ser la materia prima del trabajo de otros. Si hay algo que a un ciudadano del común del siglo XXI pueda ponerlo en calzas prietas, perturbarlo y desconcertarlo, es ponerle un muerto al frente para que disponga de él.

Aunque de verdad lo más rentable para el actual modo de producción que vivimos en los últimos tres siglos, es que tener alejada de la vida la presencia de la muerte, nos convierte en seres más productivos, más enajenados al trabajo, más

dóciles para cualesquier labor. Pues si uno cree que no va a morir, o que en cualquier caso la muerte está lejana e incierta, es fácil hacer la vida de cualquier manera. Pero si uno vive con la certidumbre de la muerte en el horizonte no se puede dar cualquier clase de vida.

Ya Sigmund Freud había hecho notar que probablemente llevan mejor vida quienes piensan en su muerte que quienes se desentienden de ella. Es fácil constatarlo: si no hubiera muerte, o si la vida humana durara 500 años (o cinco mil, como el tiempo de vida de algunas secuoyas) qué poco que nos cuidaríamos, por ejemplo. Es por entrever de todas maneras la finitud de la existencia, por lo que casi siempre pensamos más de dos veces los actos que realizamos. Así mismo como no se sigue viviendo igual cuando nos diagnostican una enfermedad avanzada y terminal que cuando se trata de una dolencia común. En todo caso lo que estamos afirmando es que a la producción material desenfrenada le sirve mucho la invisibilidad, la negación o la desaparición de la muerte.

Yo mismo no estaría seguro de poder estar escribiendo estos renglones, en este preciso instante en que los escribo, si supiera que apenas me restan seis días de vida.

## EPÍLOGO

Nada de lo que alguna vez ha tenido vida, ha dejado de cumplir su cita con la muerte. Ningún organismo pluricelular ha sido inmortal. La muerte es parte inseparable de la vida y ésta de aquélla. Hay una, porque existe la otra, y viceversa. Como las dos caras de una moneda que son la moneda porque son dos caras, así se comportan la muerte y la vida, la vida y la muerte, una con respecto a la otra, la otra con respecto a la una: no pueden tener existencia por separado.

Ni el ser vivo más despreciable, ni el más prominente, ni el más execrable, ni el más conspicuo...

ninguno... nunca... han dejado de morir. Si un ser está vivo, tendrá que morir. Y si ha muerto, es porque alguna vez fue vivo. Depende de en qué lugar, en una línea temporal, un ser se ubique, podemos dar cuenta de ese ser como vivo o como muerto. Por ejemplo: no hay vivo hoy un solo ser humano que hubiese estado vivo en 1850. Todos están muertos. Y tampoco habrá en el 2150 una sola persona de las que ahora en el 2007 estamos todas vivas.

Así pues, la vida o la muerte se retroalimentan. Y estar vivo o muerto depende de en qué lugar, en una línea de tiempo, pongamos el ojo o el acento.

Las anheladas fuentes de la eterna juventud, los elixires de la inmortalidad, la criogenia, la clonación, pertenecen todavía a los deseos de la imaginación humana que en su resistencia contra el morir echa mano de los artificios de la especulación.

Más allá de la pertinencia ética y de la pregunta moral por la inmortalidad, inmortalidad para qué, ¿no será mejor pensar que lo que hace más intensa, deliciosa, azarosa, insidiosa y valiosa la vida es su misma fugacidad?

Necesitamos recuperar la muerte para la vida. Hermanarnos con ella. No alejarla del horizonte propio de cada existencia. De todas maneras, sin falta, aparecerá. Urge entonces reconocerla como a ese pariente poco querido y añorado pero que de todas maneras es de la misma familia.

Bien diferente, radicalmente distinta sería la existencia, en lo individual y en lo colectivo, si no siguiéramos viviendo como si la muerte tuviera tan poco que ver con la vida.

## REFERENCIAS

- Poe A, Plath Sylvia E, Hemingway E, et al. Cuentos de muerte. Bogotá: Panamericana; 2000.

- Ariés P. La muerte en occidente. Barcelona: Taurus; 1996.
- Campbell B. Ecología humana: la posición del hombre en la naturaleza. Barcelona: Salvat; 1985.
- Duby G, Ariès P. Historia de la vida privada. Madrid: Taurus; 1989.
- Hoagland M. Las raíces de la vida. Barcelona: Salvat; 1987.
- Kottak CP. Antropología cultural. Madrid: McGraw-Hill; 2002.
- Lewin R. Evolución Humana. Barcelona: Salvat; 1987.
- Morin E. El hombre y la muerte. Barcelona: Kairós; 1974.
- Moss C. Elephant memories. New York: Fawcett Columbine; 1988.

